

Comentarios del Maestro 1

Parte I: Resumen

Textos Clave: Apocalipsis 3:14–22, Juan 15:9, Jeremías 31:3

Enfoque del Estudio: Apoc. 3:14–22.

En esta lección, confrontaremos la realidad de nuestra condición espiritual actual como iglesia. Esta realidad nos concierne tanto corporativamente, como pueblo de Dios, como personalmente, como individuos. Nuestro análisis de nuestra condición se realizará a la luz del mensaje apocalíptico a la iglesia de Laodicea. Este mensaje comprende la séptima y última carta a las iglesias de Asia Menor, tal como se encuentra en el libro de Apocalipsis. Las siete cartas, contenidas en los capítulos 2 y 3, son profecías que cubren la historia de la iglesia cristiana, desde el período de la iglesia primitiva hasta el tiempo del fin. Dios mismo se dirige a Su iglesia en estas cartas.

Por supuesto, las siete iglesias de “Asia” no se refieren literalmente a iglesias contemporáneas, que, obviamente, son mucho más numerosas hoy que en los tiempos de Juan. Más bien, siguiendo la tradición de las profecías del Antiguo Testamento (Daniel 2, 7, 8; Jeremías 6:2), el libro de Apocalipsis emplea figuras para transmitir su mensaje escatológico. Específicamente, las iglesias literales, con sus características históricas y geográficas, se utilizan como representaciones simbólicas de la verdad profética. A modo de ejemplo, un vistazo rápido a la progresión de los movimientos del Señor en favor de Su iglesia, tal como se presenta en las siete cartas, sugiere que la venida literal del Señor avanza cada vez más cerca:

Éfeso: El Señor «camina» (Apocalipsis 2:1).

Esmirna: El Señor «estuvo muerto y volvió a la vida» (Apocalipsis 2:8).

Pérgamo: El Señor amonesta a Su pueblo: «Arrepiéntete; pues si no, vendré a ti pronto» (Apocalipsis 2:16).

Tiatira: El Señor insta fervientemente a Su pueblo a retener lo que tienen «hasta que yo venga» (Apocalipsis 2:25).

Sardis: El Señor advierte a Su pueblo que, si no retienen y se arrepienten: «Vendré a ti como ladrón» (Apocalipsis 3:3).

Filadelfia: El Señor exclama: «¡He aquí, yo vengo pronto!» (Apocalipsis 3:11).

Laodicea: El Señor declara la proximidad de Su posición en relación con el corazón de Su pueblo, anunciando: «He aquí, yo estoy a la puerta y llamo» (Apocalipsis 3:20).

El mensaje a los laodicenses marca, por lo tanto, el momento crucial en que la venida del Señor es la más cercana: Él ahora llama a la puerta del corazón. Él espera nuestra respuesta a Su amable invitación para darle entrada y que Él more con nosotros (léase también Colosenses 1:27).

Parte II: Comentario

Introducción:

La carta a la iglesia de Laodicea es una profecía que predice la condición espiritual del pueblo de Dios en los últimos días y los insta a responder en consecuencia. El Autor del mensaje es designado por tres títulos, que se refieren a la historia humana desde el final hasta el principio, siguiendo la secuencia efecto-causa-efecto que es típicamente hebrea. El primer título es «el Amén» (Apocalipsis 3:14), la palabra que concluye la oración cristiana y expresa la esperanza escatológica del cumplimiento de la promesa de salvación de Dios (2 Corintios 1:20). El título «el testigo fiel y verdadero» se refiere a la presencia de Dios durante el curso continuo de la historia humana. «El principio de la creación de Dios» se refiere al Creador que dio inicio a la historia. Estos títulos nos remiten a la descripción de Jesucristo, tal como se ve en la visión introductoria del Hijo del hombre en Apocalipsis, quien es presentado como «el testigo fiel» y «el primogénito de los muertos» (Apocalipsis 1:5).

La carta a la iglesia de Laodicea involucra a tres figuras principales: (1) el mensajero, que es el ángel de la iglesia de Laodicea (Apocalipsis 3:14); (2) el Autor de la carta, que es Jesús; y (3) las personas que reciben el mensaje. El mensaje mismo se divide en cuatro secciones. Primero, Dios es presentado como el Juez que conoce (Apocalipsis 3:15). Segundo, la atención se dirige al pueblo de Dios, que desconoce su verdadera condición (Apocalipsis 3:16, 17). Tercero, el Señor responde a su difícil situación y aconseja a Su pueblo sobre el remedio (Apocalipsis

3:18). Cuarto, la carta revela la magnitud del amor de Dios por Su pueblo (Apocalipsis 3:19–21).

Examinaremos más de cerca cada sección en el comentario que sigue.

Sección 1: El Juez del Pueblo.

En esta primera sección, el Señor confronta a Su pueblo con un diagnóstico de su condición. Pero incluso antes de diagnosticarlos, les recuerda Su omnisciencia: «Yo conozco tus obras» (Apocalipsis 3:15). En los Salmos, David comienza su oración de confesión con esta misma conciencia: «Oh Jehová, tú me has examinado y conocido» (Salmos 139:1). El pueblo no puede escapar de los ojos de Dios: «¿A dónde me iré de tu Espíritu?» (Salmos 139:7). Dios es percibido como el Juez que puede verlo todo (Hebreos 12:23, 2 Timoteo 4:1, Proverbios 5:21, Proverbios 15:3). No hay forma de evadir o engañar el ojo penetrante del gran Juez, quien también es nuestro Creador: «Porque tú formaste mis entrañas» (Salmos 139:13); y «El que hizo el ojo, ¿no verá?» (Salmos 94:9).

Significativamente, en la tradición del antiguo profeta hebreo Miqueas (Miqueas 1:10–16), Juan juega con nombres de lugares geográficos, lo que imbuye al texto bíblico de un profundo significado espiritual. Así, el nombre Laodicea, que significa “justicia del pueblo”, le recuerda al pueblo de Dios que Él hará tres cosas por ellos: (1) Entregará un veredicto favorable y justo en su nombre en el día del juicio; (2) Los vengará de sus enemigos; y (3) el significado del nombre Laodicea, “justicia del pueblo”, nos recuerda la obra sustitutoria de Cristo para salvar a Sus seguidores de la ira de un Dios justo y santo contra el pecado. Los justos requisitos de la ley han sido cumplidos a través del sacrificio expiatorio de Cristo. Así, Dios puede liberar misericordiosamente a Su pueblo de la pena del pecado. En el sentido más completo, entonces, como Aquel que conmuta su sentencia de muerte al aceptar la pena Él mismo, Cristo actúa como la “justicia del pueblo”.

Sección 2: La Condición del Pueblo.

El primer cargo de Dios contra Laodicea concierne a su profesión religiosa. No son «fríos ni calientes», sino tibios (Apocalipsis 3:15, 16).

El pueblo de Dios afirma ser «rico» (Apocalipsis 3:17). Es decir, son ricos en verdad bíblica; después de todo, son «el remanente». Piensan que son el *laos dikaios*, «el pueblo justo»

(irónicamente, otro significado del nombre “Laodicea”). Sin embargo, son culpables de una quintuple deficiencia: son pobres, desventurados, miserables, ciegos y desnudos. Creen que ven; afirman tener una gran comprensión espiritual. Se jactan de las grandes verdades de las que son custodios. Sin embargo, son incapaces de ver su propia condición o su verdadera necesidad: están desprovistos del Espíritu Santo. No son santificados por las verdades que profesan. Es su afirmación autosuficiente y su incapacidad para ver su necesidad lo que produce y nutre su orgullo y su falta de humildad: así, se jactan de que «no tienen necesidad de nada» (Apocalipsis 3:17). Tampoco sienten la necesidad de aprender nada, de crecer, de cambiar o de comprender la causa de su miserable condición. Como resultado, no sienten la necesidad de arrepentimiento.

Sección 3: Los Consejos del Señor.

Considerando la condición del pueblo, los consejos de Dios a Laodicea son una respuesta directa a sus tres necesidades. La primera necesidad concierne a su profesión de fe, que se compara con agua tibia. El agua tibia es repulsiva para beber. Por esta razón, Dios advierte a Su pueblo que los «vomitaré de mi boca» (Apocalipsis 3:16). Es decir, los vomitará, tal como había sido advertido el antiguo Israel en los tiempos del Antiguo Testamento (Levítico 18:25). El hecho de que el pueblo laodicense no sea ni frío ni caliente indica aún más su pensamiento ilusorio de que son ricos en el favor de Dios, mientras que, por el contrario, están espiritualmente empobrecidos.

El consejo de Dios, entonces, a Laodicea es primero que le «compren oro refinado en fuego». Este pequeño detalle sobre la calidad del oro tiene implicaciones significativas: sugiere que el pueblo de Dios no debe contentarse con oro barato, amalgamado con escoria. Tampoco deben conformarse con oro falso, que solo tiene el color y la apariencia del oro genuino. Con estos símbolos, el Señor advierte a Su pueblo contra una religión falsa y superficial. Así, Dios insta a Su pueblo a comprarle el artículo genuino.

El segundo consejo de Dios concierne a las vestiduras de Su pueblo. Debido a que están desnudos, Dios les aconseja que compren también «vestiduras blancas para que seas vestido» (Apocalipsis 3:18). En otra parte de Apocalipsis, Juan nos dice que la Nueva Jerusalén, la esposa del Cordero, está «vestida de lino fino, limpio y resplandeciente; porque el lino fino es las acciones justas de los santos» (Apocalipsis 19:8). Debido a que nuestra justicia es, en el

mejor de los casos, «como trapo de inmundicia» (Isaías 64:6), necesitamos la justicia de Cristo para cubrir nuestra desnudez, como lo ilustran las vestiduras blancas. La blancura ejemplifica la pureza, representando la justicia imputada e impartida de Dios. Debido a que Su pueblo no puede ver su verdadera condición, Dios recomienda que unjan sus ojos con «colirio» para restaurar su visión. Entonces podrán ser conscientes de su desnudez y de su extrema necesidad de los agentes remediales divinamente designados.

Sección 4: El Amor del Señor.

El diagnóstico de Dios sobre la verdadera condición de Su pueblo está diseñado para despertar en ellos un sentido de su genuina impotencia y desesperanza, aparte de Él (Apocalipsis 3:15–18). Luego, en el versículo 19, Dios expresa la medida infinita de Su amor.

El profeta Jeremías usa el mismo lenguaje cuando se refiere al «amor eterno» de Dios (Jeremías 31:3). El hebreo *‘olam*, que generalmente se traduce como “eterno”, se refiere a más que una cualidad cronológica o una larga duración. Este término es una forma idiomática de expresar la idea de gran intensidad. Es decir, el amor de Dios es tan intenso y tan grande que es inconmensurable. Es como el carácter infinito de la eternidad misma. La eternidad del amor de Dios se revela así a Su pueblo para despertar en ellos una respuesta positiva a Su corrección: «Sé, pues, celoso, y arrepíentete» (Apocalipsis 3:19).

En este momento, inmediatamente después de Sus palabras de exhortación pastoral, el discurso del Señor se vuelve más personal. Hasta ahora, Dios se ha dirigido a Laodicea colectivamente como Su pueblo, como la iglesia en su conjunto de los últimos días. Ahora, en el versículo 20, Él se dirige repentinamente a cada creyente dentro de esa iglesia como el individuo único a quien Él ama personalmente y con quien mantiene una relación distintiva. Es significativo que en la repetición apocalíptica del número siete, el verbo “Yo amo”, en primera persona, va seguido de siete verbos más que expresan el amor intenso y personal del Señor por cada uno de nosotros (Apocalipsis 3:19–21): (1) «yo reprendo», (2) «yo castigo», (3) «yo estoy a la puerta», (4) «llamo», (5) «entraré a él», (6) «cenaré con él, y él conmigo», y (7) «le daré que se siente conmigo en mi trono».

Parte III: Aplicación para la Vida

Consejo para el Maestro:

Pida a un voluntario que relea el mensaje a la iglesia de Laodicea en Apocalipsis 3:14–22. Luego discuta las siguientes actividades y preguntas con su clase.

Las Críticas de Dios a Su Iglesia:

«No eres frío ni caliente» (Apocalipsis 3:15).

Encuentre casos en los que esta profecía se haya cumplido en la iglesia y en su propia experiencia personal.

¿Qué puede hacer para abordar el problema de la tibieza sin caer en el fanatismo?

«Tú dices: «Soy rico... y no tengo necesidad de nada»» (Apocalipsis 3:17).

Enumere los casos en que su iglesia, en el pasado o en el presente, se ha jactado, para su detrimento, de riqueza y logros espirituales, materiales o misiológicos.

¿Cómo ayuda el consejo de Dios a la iglesia de Laodicea a protegerse contra esta actitud orgullosa?

Las Demandas de Dios

«Compra de mí oro refinado en fuego» (Apocalipsis 3:18).

Para Reflexión: En Apocalipsis 3:18, Cristo hace un llamado que va en contra de la tradición humana y del esfuerzo humano por alcanzar la verdad. La aplicación inmediata de este consejo concierne la necesidad de buscar la revelación de Dios y de escudriñar las Escrituras seriamente. No debemos buscar solo para encontrar allí un argumento para defender nuestro sistema de verdad, como en el caso de una serie de textos de prueba. También debemos regocijarnos en el descubrimiento de la verdad que sorprenderá, desafiará y perturbará ideas arraigadas, conduciendo en última instancia al arrepentimiento y a nuestra transformación a la imagen de Dios. La búsqueda de oro refinado en el horno de la aflicción también se refiere al amor y la fe que se desarrollan en medio de los desafíos y sufrimientos que acompañan la elección de caminar con Dios.

¿Qué significa para usted el consejo de Dios de vestirse con «vestiduras blancas» (Apocalipsis 3:18) en su caminar espiritual?

¿Qué debe hacer para adquirir estas vestiduras blancas?

Actividad:

El Amor de Dios

Pida a sus estudiantes que lleven un diario este trimestre, registrando historias de sus vidas en las que experimentaron el amor de Dios. Pídales que consideren o reflexionen sobre las siguientes preguntas y escriban sus respuestas:

1. *¿Cuándo fue castigado por Dios?*
2. *¿Cuándo lloró al pie de la cruz?*
3. *¿Cuándo escuchó a Dios llamar a la puerta de su corazón?*
4. *¿Cuándo respondió con alegría a Su llamado?*
5. *¿Experimentó un momento especial con el Señor en medio de la intimidad de la oración?*
6. *¿Ha visto alguna vez claramente la mano del Señor en algún evento particular de su vida?*